



# LA NOVELA PARAMOUNT



Los millones  
de Paulina

Bobé Daniels





# LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas

Núm.

31

de la marca

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - BARCELONA

## Los millones de Paulina

Originalísima comedia americana,  
interpretada por

BEBE DANIELS

Es un film PARAMOUNT

DISTRIBUIDO POR

Paramount Films, S. A.



Linotipia :: Carmen, 20 :: Barcelona





# Los millones de Paulina

— :: —

## Argumento de la película

Paulina Brewster era simple comparsa de un estudio cinematográfico de Hollywood. Joven y guapa estaba cargada de ilusiones, lo que compensaba para ella su escasez de dinero.

Cobraba siete dólares a la semana por sus insignificantes trabajos ante el objetivo. Era un número más en la innumerable legión anónima y sin relieve.

Dirigía el estudio el señor Brent, un hombre que llevaba múltiples proyectos en la cabeza.

Cierto día al impresionarse una película, Paulina realizó una de sus acostumbradas travesuras, al pretender huir de las manos de la encargada que le exigía unos dólares para pagar

el traje de comparsa que la joven había echado a perder.

Irrumpió en pleno estudio, desbaratando una escena romántica que se filmaba a los acordes del "Adiós a la vida", de Tosca, y llevando a todas partes la más absoluta consternación.

Involuntariamente imprimió movimiento a los grandes ventiladores capaces de semejar el más duro huracán, y personas y cosas comenzaron a volar impulsadas por aquel aire intenso.

Cuando se logró restablecer la tranquilidad, turbada por la insensata ligereza de la joven, el director la puso de patitas en la calle.

—¡Márchese usted... y no vuelva nunca!

—Pero...

—Ni una palabra. ¡Y que nadie la deje entrar aquí!...

Paulina, desconsolada y abatida, viendo perdida la última fuente de ingresos con que contaba, se dirigió a la modesta casa de huéspedes donde vivía y cuyos precios eran al riguroso contado.

Al llegar, vió a la dueña de la pensión que echaba a cajas destempladas a un cliente moroso.

—¿Se ha creído usted que ésto es un asilo?  
— le decía.

Paulina procuró ocultarse, pensando en el refrancito de las barbas a pelar. ¿Qué diría la señora si se enteraba que se había acabado el dinero?



Temerosa de que no le presentaran el recibo del día, se escondió en un cuartito de donde volvió a salir vestida de criada y llevando una bandeja en la mano, para no inspirar sospechas. Pero la perra de la dueña la reconoció y dando ladridos de entusiasmo hizo que descubriera a Paulina al rodar ésta escaleras abajo.

Cuando Paulina pensaba que le exigiría iracundamente el recibo, encontróse con que la dama le acariciaba muy afectuosamente.

—¡Preciosa! — le dijo—. ¡La he estado buscando por todas partes!

—¿A mí?

—Sí, en el recibidor hay un caballero que quiere verla.

Desorientada, Paulina fué al comedor acompañada de la patrona y ésta dijo a un señor joven que allí aguardaba.

—¡Esta es la señorita Brewster!

El caballero se inclinó y dijo sonriente:

—Soy el abogado Barrington, el albacea de su difunto tío Zeb que acaba de dejarle un millón de dólares.

—¡Un millón! ¡Mi padre!... digo, ¡mi tío!

Y cayó desvanecida, y la patrona tuvo que recurrir a un antiespasmódico para devolverle las fuerzas. Paulina, recobrada ya, contemplaba entrañada a Tomás Barrington pareciéndole que todo era un sueño.

—¡Usted me engaña! — dijo al fin—. ¡Yo no puedo creer eso!... ¡Un millón!...

—No, no. Es absolutamente cierto... Aquí tengo el testamento.

Paulina leyó:

*Testamento*

*Yo el abajo firmado declaro como mi última voluntad que cedo a mi sobrina Paulina Brewster la suma de un millón de dólares...*



—¡Usted me engaña! ¡Yo no puedo creer eso!

No quiso leer más y loca de dicha, en la que participaba también la patrona, comenzó a dar inverosímiles saltos y a gritar, viendo ante ella el espectáculo de su nueva y risueña vida:



—¡Trajes!... ¡Automóviles!... Joyas y convites!... ¡Ahora sí que podré darme la gran vida!

Una sonrisa melancólica cruzó el rostro de Barrington.

—Siento mucho darle un desengaño, señorita, pero el caso es que su tío le dejó el millón de dólares a condición de que no los gastase en lujos superfluos.

—¿Cómo?

El abogado leyó la cláusula del testamento en que especificaba su voluntad el tío Zeb.

—Tiene usted que invertir el dinero en negocios productivos... Y mientras tanto ha de vivir modestamente... Su tío le señaló una pensión de treinta dólares a la semana para su manutención y vestidos.

Paulina se enfureció. ¡Aún dentro de su generosidad era cargante aquel tío! ¿Qué entendía ella en negocios productivos? Hubiera deseado gastar todo el dinero en adquirir una casa hermosa, joyas, lujos y vestidos.

—No se preocupe — le dijo el albacea—. Yo aconsejaré a usted en qué cosas debe emplear su dinero, para hacerlo todavía más productivo... Me convierto en su agente...

Luego se marchó hasta el siguiente día mientras Paulina quedaba comentando con la patrona las cláusulas del testamento de tío Zeb.

\*\*\*

Veinticuatro horas después en Hollywood no había una sola persona que no hablase de

Paulina y de su problema y no se prestase a ayudarla. Los diarios de la localidad traían este suelto:

*La herencia de un millonario avaro  
Original e inaudito testamento que prohíbe a su beneficiaria disfrutar a su gusto del dinero heredado.*

Esta noticia la leía cierto caballero que iba en automóvil y que mandó detener el coche ante la casa de huéspedes donde vivía Paulina.

Quiso despedir al chofer y le preguntó:

—¿Cuánto es?

—Dos dólares.

Miró en la cartera, pero como sólo tenía billetes grandes, preguntó:

—¿Tiene usted cambio para un billete de cien dólares?

—No, señor.

—Pues aguarde, que voy a entrar a que me lo cambien.

Llegó al piso y preguntó a Paulina, que le recibió llorosa y afligida:

—¿Es usted la señorita Brewster?

—Sí...

—¿Es ésta la mejor ropa que tiene?

Y le señaló el modesto traje con que ella se cubría.

Paulina le contempló con extrañeza. ¿Qué decía aquel hombre?

—¡Terrible! Me hace el efecto como si acabase de volver de la guerra civil — agregó el



caballero—. ¿Y ha vivido usted mucho tiempo en esta pocilga?

—Un año más o menos, pero... yo... señor...

—Desde ahora la cosa va a cambiar... Casa nueva, ropa nueva, en fin, todo nuevo.

—¿Qué dice usted? ¿Está usted loco? ¿Quién es usted?

El hombre se echó a reír y contestó:

—Señorita Brewster, está usted admirando los ojos de Alberto Frisbee...

—No comprendo...

—Soy abogado... Y vengo en nombre de su tío con el objeto de hacerle a usted una proposición que la hará inmediatamente rica.

—¿Mi tío?

Y ella le mostró un retrato de tío Zeb, el autor del testamento.

—¡No, no es ese!... A su tío Zeb también le conocía... Era tan avaro que no comía nueces por no tener que tirar las cáscaras.

Paulina le miraba con atención.

El abogado siguió diciendo:

—Ese no es el tío a que yo me refiero... Mire usted.

Y le mostró la fotografía de otro caballero de largo y poblado bigote.

—¡Ah, mi tío Eduardo! — exclamó ella.

—Precisamente. Su tío Eduardo que aborreció siempre a Zeb se ha enterado del testamento y quiere poner a su difunto tío en ridículo.

—Diga... usted.

—Su tío Eduardo me encargó que viniese a

verla, para que le dijese que si gasta el millón de dólares que le dejó el tío Zeb en un mes, él le entregará cinco millones en moneda corriente y sonante.

Paulina palmoteó de júbilo.

—¡Qué alegría!... ¿Quién iba a pensar nunca que me salieran esos tíos? Pero... — y entristeció rápidamente — lo malo es que no puedo malgastar el dinero de mi tío Zeb. El testamento dice que tengo que invertirlo en negocios productivos y aquí está el señor Barrington que es el apoderado de mi tío Zeb para vigilarle. El no me dejará cometer locuras.

—No se preocupe por lo que haga o diga Barrington... El es un apoderado de Boston y yo soy un abogado de Filadelfia.

—Sí... sí... pero a fin de que Barrington no nos importune, tendremos que mantener secreto lo del testamento del tío Eduardo. ¿Le parece bien?

—¡Admirable!... Y verá usted como posee los cinco millones. ¡Las compras que vamos a realizar! Porque a usted le gustarán los vestidos y los automóviles lujosos, ¿no es verdad?

—No me haga preguntas tontas. Lo que quiero que me diga es cómo puedo conseguirlos.

—Mire... En vez de comprar los trajes y los automóviles, nosotros invertiremos el dinero del tío Zeb comprando establecimientos donde los venden.

—¡Qué gran idea!

—Barrington no puede impedirle a usted



que compré los establecimientos... Es una inversión de dinero como otra cualquiera...

Apareció el chofer que, cansado de esperar, venía a reclamar sus dos dólares.

El abogado Frisbee, que no llevaba suelto, preguntó a Paulina:

—¿Tiene usted dos dólares, señorita?

Paulina no los tenía y Frisbee se vió obligado a entregar al conductor un billete de cien dólares y que se quedase la vuelta. Iban pronto a ser ricos. ¡Porque a él también le tocaría comisión!

\*\*

Por primera vez desde que Colón descubrió América, los granujas de California y de la Florida se mezclaron pacíficamente, cuando Paulina inauguró su oficina de inversiones.

Paulina compraba ideas a cualquier precio... cuanto más malas, mejor... Lo necesario era gastar mucho dinero y emplearlo en cosas al parecer legales. Tenía grandes deseos de desprenderse del legítimo millón de dólares de que acababa de entrar en posesión.

Barrington estaba furioso, porque Paulina se había entregado a los consejos del abogado Frisbee en vez de atender los suyos. Ignorante de la voluntad de tío Eduardo, no sabía a qué atribuir el derroche.

Una mañana, en su oficina, Paulina y el

abogado comenzaron a recibir uno a uno a los hombres de inventiva y de ideas.

Entró un sujeto trayendo unos planos bajo el brazo. El abogado dijo a Paulina en voz baja:

—Conozco a ese hombre... Es un granuja redomado. Cualquier cosa que proponga será un negocio admirable. Perderemos el dinero.

El individuo en cuestión habló de unos pozos de petróleo que quería comprar.

Aunque pronto vió Frisbee que se trataba de algo ruinoso, ordenó a Paulina que aceptase inmediatamente. Y ella le entregó un cheque por valor de cincuenta mil dólares, contenta de haber comenzado a sacar algo de aquel cargante millón.

Después llegaron dos sujetos arrastrando una especie de cochecito.

—Venimos a proponerle la venta del cincuenta por ciento de las acciones de nuestro maravilloso lavaplatos — le dijeron.

Y ante los ojos asombrados de Paulina y de Frisbee comenzaron a hacer funcionar el aparato... Los platos entraban sucios en el departamento... y salían limpios... pero triturados.

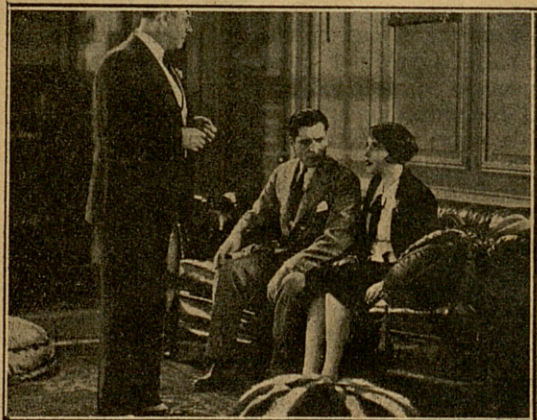
Los inventores, ante aquel fracaso, procuraron disimular.

—Nos habíamos olvidado de advertirles que nuestro aparato también puede emplearse para triturar loza con excelentes resultados — explicaron.

Frisbee, satisfechísimo por la manera de fun-



cionar, ordenó a Paulina le entregase sesenta mil dólares más... Era como si los echasen al mar... pero a los ojos de las gentes todo aquello eran negocios.



*—Si no pone fin a ese derroche, dentro de un mes estará usted en la miseria.*

Salieron los inventores y entró en aquel instante el señor Barrington que se hallaba indignado ante las "dotes" financieras de la muchacha.

—Pero, ¡están ustedes completamente locos!... ¡Esos negocios les llevarán a la ruina! capaces de llevarse hasta la tina de baño — dijo. ¿Cómo aconseja usted eso, señor Frisbee?

—Yo no puedo hacer nada — dijo el aludido —. Creo que la manera más productiva de invertir el dinero de su tío, es lo que se está haciendo.

Entró otro inventor, un sujeto que había ideado un aparato protector para prevenir los accidentes en la vía pública. Al propio tiempo el artefacto servía de parasol y de paraguas.

Paulina aceptó encantada la ideíta dándole diez mil dólares por ella. Y aun aquella mañana desfilaron otros y otros por su despacho y todos ellos, cuanto más incierto y problemático era el negocio, más dinero les daba Paulina.

—Si no pone fin a ese derroche dentro de un mes estará usted en la miseria — dijo Barrington.

—Estoy haciendo lo posible para que así sea — contestó, Paulina, riendo.

Frisbee se marchó contento por lo bien que iban los asuntos. Y Barrington dijo enfurecido a la joven:

—Como que la gente se figura que soy su consejero, van a tomarme por loco. Emplear el millón en todas esas tonterías... ¡Si su tío Zeb se enterara, era capaz de levantarse de la tumba!

Pero siguió el turno de solicitantes. Llegó el señor Brent, director del estudio de Hollywood donde antes Paulina trabajaba, y dijo que necesitaba algunos miles de dólares para filmar dramas originales.



—Si usted me lo permite, interpretaré alguno de los principales caracteres de mi drama... Era de noche... y, sin embargo, estaba nevando — dijo.

Y ante los ojos de Paulina y de Barrington el autor representó aquel drama que, según él, debía darle la celebridad.

Cuando hubo terminado sus escenas, Paulina se dispuso a entregarle unas docenas de miles de dólares, para que pudiese realizar su intento... ¡Gastar dinero... gastarlo y en obras que pudieran ser productivas! ¡Era esto lo esencial!

—¡Qué emocionante! — dijo ella —. Voy a comprar el estudio cinematográfico "Excelsior", para que filme en él su drama.

Le dió dinero y aun algunas joyas y Brent salió más contento que unas pascuas. ¡Alma generosa la de aquella mocita!

—¡Es usted una loca... una loca! — gritaba Barrington, sin saber los motivos que impulsaban a Paulina a tomar tales determinaciones.

—¡Por favor, señor Barrington! ¿No comprende que se trata de una inversión como otra cualquiera?

El abogado cogió el sombrero y se marchó. No quería presenciar nuevas y estrambóticas cosas.

Aquel mismo día adquirió Paulina una tienda de modas.

A la mañana siguiente Frisbee fué a visi-

tar a Paulina y mostrándole un periódico le dijo:

—Aquí tiene una mujer que gastó cien mil dólares en una fiesta que dió a sus amigos.

Paulina leyó el relato de aquella fiesta de sociedad y contestó:

—Sí, pero esto no puede decirse que sea una inversión estrictamente comercial.

—Dele la apariencia de una... Invite a la fiesta a todos sus amigos y clientes. ¿Se imagina usted algo más original y rumboso que desprenderse de trescientos cincuenta mil dólares comprando un palacio para celebrar la fiesta?

—Tiene usted razón — replicó Paulina, entusiasmada—. Manos a la obra. Adquiera usted mismo el palacio.

Y unos días después Paulina se trasladaba a una magnífica casa que había comprado. Tenía a su servicio doce camareras... Era una de las mejores residencias de la ciudad.

Una mañana mientras tomaba el baño, Barrington telefoneó a Paulina. El abogado estaba indignado ante aquellos gastos excesivos. ¿Cómo que se estaba acabando el dinero!

—¿Se ha creído usted que voy a aprobar el pago de esas estúpidas cuentas? — dijo.

Ella, sonriendo, le respondió:

—No hace falta. Con tal que les ponga su visto bueno es suficiente.

Barrington abandonó furioso el aparato. ¡Qué mujer aquella! Y lo malo era que a él



le gustaba personalmente aquella muchacha que parecía desconocer el valor del dinero y se quedaría de nuevo sin él.

El abogado Frisbee llegó por la tarde a la



*—Con tal que les ponga su visto bueno es suficiente.*

residencia, admirando el soberbio lujo que allí reinaba.

—¡Estupendo, estupendo! ¡Creo que ya estamos a punto de liquidar el millón! — dijo.

Barrington había llegado poco antes y hablaba con Paulina recriminándola duramente lo que estaba haciendo. Pero ella reía, reía. ¡Po-

bre muchacho! ¡Si supiese que a cambio de aquel millón gastado se ganaba cinco más!

Frisbee miró burlón a Barrington y luego dijo a Paulina vestida con elegancia, después de haber adquirido una porción de trajes cuyas modelos habían desfilado poco antes expresamente ante ella.

—Somos afortunados, Paulina. El Banco aquel donde depositó usted doscientos mil dólares ha quebrado, y el banquero se escapó al Brasil.

Sonrió Paulina, pero se estremeció al escuchar que decía Barrington:

—¡Lo presumía!... ¡Nunca me gustó la cara de aquel individuo! Afortunadamente retiré el dinero a tiempo.

Frisbee y Paulina le miraron con ganas de morderle. ¡Estúpido! ¡Haberles estropeado un negocio redondo! ¡Imbécil!

Pero Paulina, disimulando su contrariedad, le dijo al abogado Frisbee:

—Telefóneee al joyero que mande en seguida las chucherías que le pedí para el baile de esta noche.

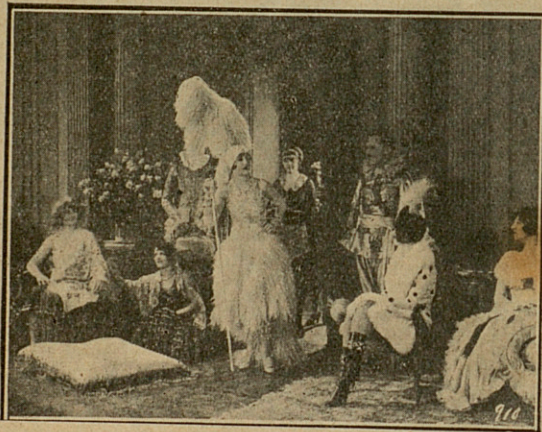
Frisbee fué a cumplir el encargo y Barrington dijo con indignación:

—El baile ese no quiero que se celebre... ¿Dónde se ha visto querer apedrear a los invitados con diamantes y rubíes?

—Los invitados a quienes ofrezco el baile son mis clientes de la tienda, y considero la fiesta como una excelente inversión.



—¡No quiero saber nada más de usted! — respondió Barrington, furioso—. ¡Hemos terminado!... ¡Me lavo las manos de lo que pase! Alejósse melancólico, porque se trataba de la



*Aquella noche se celebró el baile...*

ruina de la mujer a quien él, con una misteriosa atracción espiritual, comenzaba a amar.

\*  
\*\*

Aquella noche se celebró el baile, y jamás se había visto en un salón de Hollywood una multitud más abigarrada de bandidos y gra-

nujas, atraídos por la noticia de los dispendios de Paulina y su probada generosidad.

Barrington que había asistido a la fiesta, cansado de ver aquel derroche de lujo cogió el sombrero y se dispuso a partir, pero ella se lo impidió, mimosa.

—¡Por favor, no se marche! ¡Usted no puede comprender! ¡Usted es mi amigo, pero día llegará en que se dé cuenta de por qué hago todo esto.

—¡No, adiós! Estoy cansado y quiero irme a mi casa.

Pasó cerca de él una mujer que le sonrió muy cariñosamente, haciéndole una seña.

Una repentina llama de celos iluminó el alma de Paulina a quien por primera vez le pareció muy interesante Barrington.

—Esa mujer parece que le conoce a usted... íntimamente — dijo.

—Ya lo creo que me conoce — contestó Barrington, riendo—. Se llama Mary. He sido su abogado en tres demandas de divorcio y en media docena de quebrantamientos de promesa.

Iba Barrington a salir cuando acercándose a él Mary le dijo:

—No se marche, se lo suplico. Quiero tratar un asunto con mi simpático abogado.

Barrington accedió y perdióse en un saloncito con aquella elegante y perfumada cliente, dejando a Paulina invadida de repentinos celos.

Paulina les vió partir y se dió cuenta de



que una dulce simpatía iba ligándola al consejero del tío Zeb. El abogado Frisbee acercóse a ella y la joven le dijo:



—Quiero tratar un asunto con mi simpático abogado.

—No me gusta la cara de algunos de mis clientes. ¿Podría usted echarlos de aquí?

—Podré, Paulina. Aparte de lo que se de-

rocha en esta fiesta, tengo un plan para perder algunos miles de dólares más.

Y fué a la cabina del teléfono. Llamó a la jefatura de policía y dando las señas de la casa, dijo:

—Aquí ha estallado un motín y si no vienen pronto voy a cometer un par de asesinatos.

Luego se dirigió a los grandes salones donde mezclados con los clientes estaban innumerables ladrones, deseosos de apoderarse de objetos y joyas de la casa.

—Señores — dijo —, vamos a celebrar un concurso de baile apache. El bailador que des- conyunte más espaldas recibirá un automóvil Rolls Royce y cinco galones de gasolina... Los jueces entrarán en el salón vestidos de poli- cías.

Mientras tanto, Paulina se arreglaba en su tocador cuando vió a dos de los invitados que aparecían en el hueco de la ventana. Eran dos tipos francamente patibularios y Paulina sospechó inmediatamente que querían llevarse algún recuerdo.

Sonriendo gentilmente les mostró varios collares y sortijas de oro y pedrería, invitándoles a tomarlos cuando gustasen, y abandonó la estancia. ¡Quería que lo robasen todo cuanto antes!

En el pasillo encontró a Frisbee a quien puso en conocimiento de lo ocurrido.

—Si se les deja cinco minutos solos, serán capaces de llevarse hasta la tina de baño — dijo.



Pero de pronto vieron que se movían lentamente las cortinas de la habitación y que por el hueco de la puerta salían objetos despedidos violentamente.

—¡Caramba! — comentó Paulina—. Deben ser los ladrones que se disputan el reparto del botín.

Poco después salían de la estancia los dos amigos de lo ajeno cogidos por Barrington, que después de haber conferenciado con su cliente sobre asuntos de otro divorcio, acababa de sorprender a los cacos con las manos en la masa. Los tres tenían los trajes rotos por la lucha.

—Les sorprendí robando en la habitación de usted, Paulina — explicó Barrington.

Paulina, turbada, ordenó:

—¿Cómo es posible? ¡Si son mis invitados! ¿No los conoce? ¿Cómo está usted, doctor Lanceta? ¡Y usted, señor Remendones? Me alegro de verles tan buenos y sanos.

Pero los dos ladrones huyeron, creyendo que aquella señora estaba loca. ¿No les invitaba a robar?

Paulina se acercó a ellos y les dijo:

—No se olviden de volver por aquí mañana por la noche.

Apenas hubieron desaparecido los ladrones, llegó un escuadrón de policía al mando de un jefe.

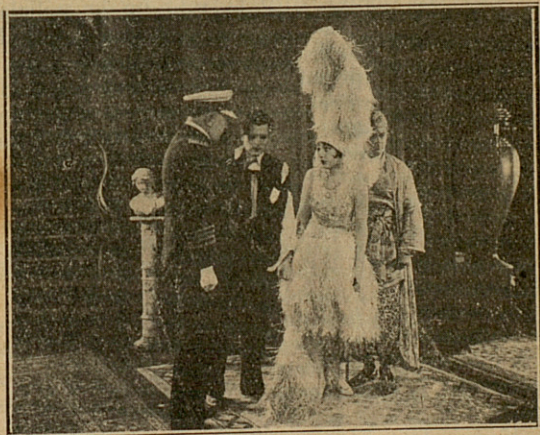
El jefe contemplando en la habitación cercana a los bailarines que se movían hasta des-

conyuntarse los huesos, preguntó a Paulina:

—¿Es usted la persona que da esta orgía desenfrenada?

—Sí, señor.

—Me han avisado que aquí había estallado un motín.



—¿Es usted la persona que da esta orgía desenfrenada?

Frisbee reía, pero Barrington, temeroso de que la intervención policiaca acarrearía graves consecuencias, se apresuró a responder:

—¡Qué atrevimiento! ¡Si se trata de un baile tranquilo y sosegado!



El jefe, al ver su traje roto y un ojo amoratado, le respondió:

—Por lo del ojo, se diría que ha sido usted el alma de la fiesta.

Y penetró en el salón donde mandó a los guardias detuviesen a todos los invitados.

Frisbee, riendo, dijo al jefe de la policía:

—Parece que se trata de algo así como de unos cincuenta mil dólares, ¿verdad?

Paulina comprendió. Una nueva manera de sacar dinero de encima. Les iban a imponer una fuerte multa por escándalo. Extendió el talón por aquella cantidad y se lo entregó al inspector.

—Aquí tiene usted los cincuenta mil dólares — dijo —. ¿Necesita algo para el tranvía?

El policía rompió a pedacitos el cheque y agregó:

—Señorita, usted me confunde... Sin pensarlo ha acorralado aquí a la cuadrilla de granujas más peligrosa del país y yo haré que se le gratifique por lo menos con cincuenta mil dólares.

Y se alejó el inspector, mientras Paulina quedaba furiosa por aquella derrota que le proporcionaba todavía dinero.

Como Barrington se quejase del ojo, Paulina le cogió del brazo y le dijo:

—¡Pobrecito! ¡Venga conmigo y le practicaré la primera cura!

Entraron en una salita. El tendióse en un diván y Paulina le puso un pañuelo sobre los

ojos. Luego alejóse para ir a buscar una venda y agua.

Entretanto Mary, la divorciada, acercóse a Barrington. El joven con los ojos tapados no la vió. Y aquella mujer que con tantos divorcios había acabado por enamorarse del hombre que se los tramitaba, le dió un beso en los labios que él devolvió creyendo que se trataba de Paulina. Mary desapareció rápidamente.

Paulina, a su vuelta, sorprendió la caricia y se alejó exaltada. ¡Qué vergüenza! ¡Y ella qua había creído...!

Más tarde, Barrington levantóse, quitóse el vendaje y fué al encuentro de Paulina, que estaba en otra habitación.

Pero ella le dijo violentamente:

—No quiero que vuelva a dirigirme la palabra.

Y le dejó solo a tiempo que Mary se acercaba al abogado y le hablaba dulcemente.

Frisbee y Paulina hablaron en rincón aparte de lo que convenía hacer para desprenderse del último dinero, cuando escucharon la conversación que sostenían Mary y Barrington. La primera le acusaba de haberle besado, y el joven se defendía.

—¿Por qué me besaste de aquella manera tan apasionada, si, como aseguras, no era más que una broma? — decía ella.

—¿Besarla yo a usted? ¡Fué una equivocación! Yo creía que estaba besando a la señorita Brewster.



—Ha abusado usted de mi inocente amor y de mis afectos juveniles — gritaba la mujer. Paulina y Frisbee escuchaban, y el abogado quiso calmar a la muchacha.

—¿Tiene usted celos de esa mujer? ¡No sea tonta! ¿No comprende que se trata de una explotadora de incautos? Aquí tiene usted una excelente oportunidad de invertir algunos miles de dólares.

Mientras, Mary seguía protestando:

—A mí quién me besa me la paga — decía—. Voy a demandarle a usted por abuso de confianza. Su beso costará cincuenta mil dólares.

Paulina extendió otro talón y acercándose a Mary y a Barrington entregó a la joven el dinero.

—Tenga y no proteste usted más.

Mary leyó el cheque y satisfecha de que la aventura hubiese acabado bien, se alejó de allí, rechazando a Barrington que pretendía quitarle el dinero.

—Pero, ¿qué disparate es este? — gritó Barrington—. ¿No sabe usted, Paulina, que del millón de dólares no le queda nada?

La alegría iluminó los ojos de la joven. Frisbee consultó nerviosamente el talonario.

—¡Dios mío, es verdad! — dijo—. ¡Tendré que pedirle a usted prestado un dólar para el desayuno!

—Me da pena verlo sufrir — dijo aparte Paulina a Frisbee—. Vamos a descubrirle el

secreto de los cinco millones de dólares de tío Eduardo.

Y acercándose a Barrington que paseaba malhumorado, comenzó a saltar como una chisela y a decirle:

—¡Sabemos una cosa y no queremos decírsela! ¡Se trata de un secreto! ¡Un secreto muy agradable!

Iba a explicárselo cuando entró un sujeto y saludó agradablemente a todos.

—¿Cómo están ustedes? — dijo—. ¿Se acuerdan ustedes de mí? Yo soy aquel de los pozos de petróleo... Pues nuestro pozo de petróleo da un millón de barriles por día. Sus acciones le valen ahora doscientos cincuenta mil dólares, señorita.

Paulina y Frisbee le contemplaron, horrorizados. ¡Estúpido! ¡Darles dinero cuando ya habían liquidado todo! Pero la más viva alegría se apoderó de Barrington que veía arruinada a su Paulina.

—¿Conque este era su secreto? — dijo—. Voy al pozo de petróleo a que me den unos cuantos miles de dólares en efectivo.

Y salió con aquel sujeto dejando desconsolados a los dos cómplices.

—Mañana vence el plazo — dijo Frisbee a ella—. Si su tío Eduardo se entera de que aun le queda dinero, va a retirar su oferta.

—Es preciso quedarnos sin un céntimo, pero, ¿cómo?

Y llegó el último día. Paulina tenía que de-



mostrar que había gastado el millón de dólares del tío Zeb para cobrar cinco millones de su tío Eduardo.

—Vamos a deshacernos de esos doscientos cincuenta mil dólares. Salga a toda velocidad a ochenta kilómetros por hora.

En aquel momento entregaron a Paulina un telegrama que ella quiso leer, pero Frisbee le dijo que no se entretuviera en hacerlo, pues no había que perder un minuto.

La joven guardóse el telegramita y salió a toda marcha. Al irrumpir en la calle, un sujeto se echó materialmente bajo las ruedas del "auto" comenzando a dar grandes gritos.

Acudieron varios transeuntes y policías que recogieron al lesionado que decía:

—Si no estiro la pata, la demandaré por doscientos cincuenta mil dólares.

Paulina estaba asustada. ¿Habría matado a aquel hombre? Pero Frisbee, que acababa de llegar, le dijo:

—No hay peligro. Lo alquilé en un estudio cinematográfico para que se dejase atropellar. Es un contorsionista.

Luego se despidió de Paulina, diciéndole:

—No me queda tiempo más que para tomar el tren de Denver y cobrar los cinco millones.

Alejóse y los policías procedieron a interrogar a la muchacha quien acusóse expresamente de ir a más de ochenta kilómetros por hora. Ella misma escribió sus señas y su dirección

en el sobre del telegrama, entregando luego la cubierta a un guardia.

Leyó el telegrama:

*Por su salud no gaste más dinero. Pozo petrolero es una estafa. Granuja arrestado. Usted en la miseria*

Tomás Barrington.

La joven se asustó ante aquel contratiempo y llamó a grandes gritos a Frisbee, pero éste estaba ya lejos.

Un policía dijo:

—Si ese hombre, el atropellado, se empeña, usted en vez de pagar la multa irá unas semanas a presidio.

Paulina se horrorizó y saltando al volante emprendió veloz carrera. Un policía saltó a su coche, mientras ocho guardias en motocicletas iban también en su persecución.

Frisbee iba a salir hacia la estación cuando le entregaron un telegrama que leyó nervioso:

*Estoy arruinado. Sentiría que Paulina hubiese gastado su millón, pues tendré que pedirle prestado. Saludos a todos*

Eduardo.

Horrorizado por aquella situación, Frisbee subió a un coche yéndose en la dirección que le indicaron había partido Paulina.



Esta huía rápidamente, pero el policía que estaba en su coche logró agarrar el volante y quiso conducirla a la jefatura.

Paulina escapó saltando del coche, y apoderándose de una bicicleta huyó a escape.

En el camino encontróse con el "auto" que conducía a Frisbee y le dijo al abogado:

—¡Estamos perdidos! Lo del pozo de petróleo fué una estafa. La policía me anda persiguiendo y ahora sí que necesito dinero para librarme de ir a la cárcel.

Los guardias llegaban ya casi junto a ellos y Paulina, dejando la bicicleta, penetró en un estudio cinematográfico, perdiéndose entre el grupo de artistas que en aquel momento estaban posando ante el objetivo.

Frisbee entró también en el estudio, y poco después los policías procedían a la detención de la joven. Paulina protestaba enérgicamente y de pronto vió a un sujeto que iba vestido de rana y a quien reconoció como al hombre que acababa de atropellar poco antes.

—Este es el individuo a quien yo atropellé. ¡Este es el hombre! ¡Es un farsante, un impostor!

El aludido desapareció y la policía, poco después, marchó también, convencida de que nada tenía que hacer allí.

Pero cuando Paulina se alejaba, melancólica después que el abogado Frisbee le mostró el telegrama de tío Eduardo, en que le anunciaba

su ruina, acercóse a ella el director Brent y estrechándole la mano, le dijo:

—Las películas que estoy produciendo para usted están ganando millones... Es usted más rica de lo que se cree.

Paulina le contempló radiante, feliz... Entonces, ¿ya que había perdido el millón, y los cinco millones, le quedaba aún algo?... ¡Qué alegría!

Y salió de allí con el abogado Frisbee, dispuesta a guardar ahora avaramente el dinero que ganaba.

Al día siguiente llegó Barrington a quien Paulina explicó toda la farsa. Pero como la joven era ya rica por el éxito en los estudios "Excelsior", la catástrofe no tuvo mayores consecuencias.

Y unos meses después, Barrington y ella se unían para siempre ante el altar. Paulina volvía a ser millonaria... y ahora guardaría para siempre el dinero no derrochándolo en cosas locas e improductivas.

F I N



Próximo número:

La novela de aventuras

## EL MULADAR DEL ORO

Gran reparto. Interesante asunto

Esta semana, en

Los Grandes Films

## EL CABALLERO DEL DESIERTO

por Bárbara Bedford y Lewis Stone

Gran éxito, en las selectas Ediciones Especiales  
de La Novela Semanal Cinematográfica, de

## SANGRE Y ARENA

por Rodolfo Valentino, Lila Lee, Nita Naldi, etc.

**CHANG es el mejor libro de aventuras**

Exclusiva de venta para España:

Sociedad General Española de Librería, Diarios,  
Revistas y Publicaciones, S. A.

Barna.; Barará, 16-Madrid; Ferraz, 21-Irún; Ferrocarril, 20



[B]